

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corre-pensal: París Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre —New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jern-Alémer-Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

DE INTERES LOCAL

La verdad por delante

Nosotros debemos pleno acotamiento a la verdad. Así lo ofrecimos no hace aun un año, cuando en tal sentido orientamos este periódico, y así estamos dispuestos a cumplirlo.

El Eco no tiene relación ni compromiso político alguno que le obligue a reservar ni a ocultar a sus lectores la información exacta de cualquier acontecimiento de influencia local. Y en este caso en que se liquida el fruto de una situación de profunda anarquía que istauraron en Cartagena elementos tan ganosos de la exaltación y de la influencia personal, como faltos de aptitud para emprender labor seria y provechosa en beneficio de la ciudad, no hemos de tolerar la burda farsa con que "La Tierra" quiere disimular el definitivo fracaso de la impotencia de su inspirador y de sus escasos y desmayados parciales.

Cuanto ocurre en el terreno oficial dentro del pleito que ha dado en llamarse de la Alcaldía de Cartagena, no es nada que se parezca a desconsideraciones inopinadas del Sr. Canalejas, ni de los señores Romanones y Aznar hacia el Sr. García Vaso.

Todo cuanto sucede en este respecto; todos los trámites que nuestros lectores vayan viendo desenvolverse en este asunto, no son más que el cumplimiento fiel y exacto de un convenio elaborado en Madrid entre los señores Canalejas, Romanones, Aznar, Martínez Muñoz y García Vaso; convenio que ha partido como base de la rotunda negativa del Gobierno a mantener en la alcaldía a don Alfonso Apolinario Carrión, cuya dimisión de dicho cargo fué entregada por el señor Vaso como preliminar para que el dicho convenio se puntualizara y se cumpliera.

Se ha resuelto, pues, la reposición precarísima de don Apolinario en la alcaldía de Cartagena después de haberla dimitido éste, y todo el efecto será dimitido éste, y todo el efecto denigrante para el bloquismo y para el señor Carrión de esa preñada pretoria exigida por aquellas personalidades que en este asunto han intervenido, no puede constituir sorpresa para el señor García Vaso ni para "La Tierra" su órgano, cayendo por su base todo

el artificio de la indignación y del bello gesto burdamente fingidos por esos dos maitrechos restos del bloquismo.

El Sr. García Vaso podrá separarse de las mayorías parlamentarias, como dice "La Tierra" de hoy, callando la nueva ruta que tenga pensada para quedarse a todos los viejos, que es su viejo sistema. Pero su incompatibilidad con el partido liberal ó con las personas que más ó menos directa y definitivamente lo han representado en la tramitación de ese pleito de la alcaldía, no puede fundarse en la solución que ha tenido éste, porque a ella concurrió sin protesta, comprendiendo que aún se ponía con la misma mucha consideración, excesiva benevolencia al cúmulo de torpezas y de peligrosas exageraciones con que se ha tenido perturbada á Cartagena año y medio.

Y la única actitud digna, si no gallarda para el Sr. Vaso estaba en rendir su representación, una vez perdida la confianza de los jefes y de los hombres que tan impremeditadamente se la otorgaron.

¶ Pero es lícito abjurar de las ideas y separarse de los hombres que condicionaron esa representación y contribuyeron a que la obtuviese, refiriéndola para situarse en posición indefinida, aún, pero contraria desde luego á esas ideas y á esos hombres?

Como candidato monárquico y encasillado fué el Sr. Vaso á las elecciones generales últimas y por tales circunstancias esos hombres, de los que ha ido abominando uno á uno, con el despejo que le presta su característico desconocimiento de la gratitud, le auxiliaron de todos modos y bien eficazmente en Cartagena y fuera de ella. Si él se decide á cambiar de ideales y de amistades y se siente merecedor, sin embargo, de ostentar la representación de Cartagena, lo decoroso y digno es buscar en una rúeva y franca apelación al cuerpo electoral de la circunscripción de Cartagena, la ratificación de su confianza.

¶ Pues que, puede pensar nadie y vaya á guisa de ejemplo—que los votos y que los auxilios que le otorgara tan generosamente en la elección pasada,

D. Isidoro Calín, se los prestaría nuevamente? ¿Que, no se puede decir idénticamente lo mismo del Conde de Romanones, del General Aznar y de todos aquellos elementos neutros, cuyos entusiasmos y cuyos afanes de innovación estaban vírgenes de desengaños y alucinados por las predicaciones mentirosas de un ambicioso, todo osadía y todo ignorancia.

El cuerpo electoral tiene hoy á la vista el balance de la obra torpe del inspirador de "La Tierra" y de sus coadyuvantes y deduce fácilmente que García Vaso ha sido, sin ventaja alguna para Cartagena, antes bien con perjuicio para su crédito y tranquilidad, el dilapidador más loco de un conjunto de oportunidades, de medios y de auxilios como jamás han podido ofrecerse á político alguno, á ambicioso alguno, en ninguna parte.

Esa ratificación de confianza que "La Tierra" pone en su fábula como necesaria para la dignidad de su amigo y de su víctima, el señor Carrión, le es pues, más indispensable al diputado por Calín, por Romanones y por Aznar, ya que de todos ellos reniega ahora porque rompen, más tarde aún de lo debido, toda solidaridad con sus graves errores y con su personal fracaso.

Fallecimiento

Madrid 6-9 m.

Telegrafían de Turín dando cuenta del fallecimiento de la Reina María Pía de Portugal.

Su muerte ha sido sentidísima, especialmente por los Reyes.

Se espera al rey D Manuel á quien se le ha telegrafiado á Londres.

Thé-Thimerías

Y viene hoy el *Thé-Times* de Gómez Quilez, Vaso y Compañía, como debía venir.

Cantando las excelencias del difunto, y derramando las alabanzas que aún le quedaban en el cesto.

Y ponen al pobrecito cadáver, de manera que no lo van á conocer ni sus íntimos.

Habla de sus sacrificios, de su desinterés, de su abnegación, de la lucha sostenida, de la virtud no mancillada, de la aureola de civismo, de lo que

ha perdido; de lo que no ha ganado; del gesto bello, y qué sabemos cuantas cosas más.

Y á nosotros nos parece que aún se quedan cortos, dicho sea sin la más leve sombra de ironía.

Porque en este día en que á la auto-víctima no le falta más que le echen "La Tierra" encima, con sus nóminas semanales y sus gastos de redacción, hemos recordado también, que fué un hombre sin par cuya vida estuvo preñada de sacrificios.

Se sacrificó por el alcantarillado; á nosotros nos consta que lo que malas lenguas dijeron, que si tomó, que si no tomó, era mentira; desdichada expresión de una envidia no satisfecha.

Se sacrificó por las obras del Palacio Municipal. D. José Ortuño está vivo que no nos dejará por mentirosos.

Se sacrificó por "La Franco-Belga." Todo aquello del cheque era una calumnia vil.

Se sacrificó por las Empresas de Consumos. Lo de la subvención fué una cañallada.

Se sacrificó por Calín, desinteresadamente, abnegadamente, cual correspondía á su ética sin egoísmos, á su alma de artista, á su monopolio del altruismo y del desinterés...

Se sacrificó por los de La Liga; el campo está lleno de ejemplos vivos que darían fé; porque ya no les queda otra cosa que dar.

Y de sacrificios anónimos, pequeños, callados, sin los relumbrones del pregón, pudieran contarse, por cientos por millares, por oceanos.

Su vida en fin, fué un puro, un largo y continuado sacrificio, en la que la envidia le salió al camino, y la injuria artera emponzoñó su alma virgen.

¶ Ya ven ustedes, como nosotros somos justos.

Reconocemos todas esas bellas cualidades que adornaron al interfecto, y rendimos pleitesía al varón fuerte, al elegido... por la Aljorra.

Y por lo mismo comprendemos que sus amigos y su periódico en esta hora de dolor, se derramen en lágrimas sobre su adorable recuerdo, y fijen con letras gordas en la tapa del ajuar, toda la ejequía de una existencia sencilla y buena siempre vendida á la arteria y al engaño.

Por más que comprendemos que todas estas frases laudatorias puedan parecerles á los espíritus maliciosos que nunca faltan, que llevan el deli-

berado propósito que tuvo Orbaneja, el célebre pintor de Ubeda, cuando al finalizar un cuadro puso un letrero que decía: "Caballeros, esto es un gallo."

¶ Pero ¡ah! ¿Quién hace caso de maliciosos?

¶ Al cabo hemos quedado en que a pesar de lo que afirma el *Thé-Times*, la dimisión de don Apolinario fué pedida y fué dada antes de su reposición.

Lo que nos hace sospechar que siem-

pre son una imperiosa actualidad las dudas y las incredulidades de las gentes sencillas á todo echo histórico, aunque sea contemporáneo.

¶ Y si todavía no estamos conformes en que *Eneas* fuera tan piadoso como lo pintó *Virgilio* ni *Ulises* tan prudente como lo describió *Homero*, digannos ustedes, que vamos á pensar de lo que nos refiera el *Thé Times*, ¡Y más sabiendo como las gasto el hojalatero!

Pepico

De extrangis

R. I. P.

(Rabiando y pataleando)

¡Al fin cayó el buen Apol! ¡Estamos todos de luto! Murió por falta de luz,—á la tenue del crepúsculo. ¡Lloremos, nobles cofrades, ¡lloremos sin disimulo; con él ha muerto la gracia, la gracia que nunca tuvo. No le encendamos blandos—ni le endilguemos discursos. El silencio es la mejor—oración de los difuntos. Murió mirando al Oriente—murió apurando un *carraño*; murió con los ojos fijos—en la enseña de los zurdos. Su cabeza sostenía—el fatigado Mercucio; y los balones de oxígeno—le preparaba Licurgo. Murió besando la chapa—la cabeza inclinó mudo, y un "Venciste Calileo"—salió de sus labios mütuos. Agitó sus manos frías—cayó en un sopor profundo, y con hipo y estentores—lanzó los suspiros últimos. Le mataron los etcéteras—con sus epítetos duros; le mataron los gestistas—en sus sangrientos esdrúpulos; le mataron los Panchotes—con sus vibrantes rebuznos; le mató Pepe el huevero—con sus dichos pistonudos; le mataron los demócratas—con epigramas agudos; le mataron los *Higinios*—con sus tenaces escrúpulos. Entre todos le matamos—al hijo de Pozo—... Turbio; todos fuimos con puñales—¡Qué descansa en paz!; es justo. ¡Cuantas flechas le clavamos—sobre su tronco desnudo, sobre su terno cogote—y sobre sus recios músculos! Camino del Cementerio—le acompañan los palurdos; y el duelo preside impávido.—*El Redentor de los Chuscos*. Es tan civil el entierro—que no va Cura ninguno; no hay más signo *religioso*—que un *vaso* partido y sucio. La solemne ceremonia—es realizada por los músicos de la banda angelical—que se titula: "El Diluvio." Van alquilados, llorones—son los cabellos hirsutos, y con las mejillas húmedas—y los ojos también húmedos. Lucido acompañamiento—sigue al Prócer cejijunto; cierra el comercio las puertas—se queda el pueblo viudo. Los infantes de Aragón—te miran con ojos turbios; y todos claman gimiendo:—¡Por fin cayó de su burro! ¡Ya cerró por fin el ojo—el indomable Nelusko; para que nunca despierte—cerremos bien el sepulcro! Murió sin llegar á flor;—en estado de capullo. ¡Un cadáver más; riamos;—no le importa nada al mundo.

X. Y. Z.

Permaneci algunos instantes inmóvil; soñador. ¿Qué plan había concebido Sibyla?... ¿Cómo esperaba encontrar á Toussa? Después de todo, la imaginación y el amor de una mujer triunfaron la vez en donde había fracasado la hábil tática de Fouché y de Savary...

Cuando levanté la cabeza vi al teniente Gerard abismado en la contemplación de Sibyla, cuya silueta de fina se recortaba sobre el azul horizonte.

—¡Esteban, es la mujer que te conviene!—murmuraba.—¡Qué ojos!... ¡Qué sonrisas!... ¡Y no tiene miedo del emperador!... ¡Maté, qué amezonal! ¡Esteban, hijo mío, esta mujer es lo que haría tu dicha!

Habló así hasta que la joven desapareció tras las dunas. Después me preguntó:

¿Sois el primo de mademoiselle Bernac?

Hice un signo de asentimiento.

—No sé que empresa medita; pero sea lo que sea, estoy pronto á cumplirla.

—Mi querido Gerard; Sibyla quiere que nos apoderemos de Toussa...

—Perfectamente.

—... Para salvar la vida de su prometido M. Lucien Lesage.

—¡Ah!

el viento desmenuza en copos, ¡El emperador había muerto y los muebles vulgares de esta alcoba ni se habían movido!... Si el hombre no es humilde no es por falta de lecciones.

Ya instalado, mi primer cuidado fué enviar á buscar á Gossobola las trahillas que allí había dejado; después, ya aprovechándome del crédito que me daba la buena acogida del emperador, hice proveer mi guardatropa para poder figurar dignamente en la corte.

Se sabía que Napoleón, á pesar de ser en sí mismo de una sencillez absoluta, exigía mucha elegancia en la ropa de sus soldados y de sus cortesanos.

Nunca, ni en las épocas de más lujosos Borbones, se vió tal dorroche de arañones, recamados, brocados y oros. El emperador creía con este peso aparato establecer más sólidamente su joven imperio, é imponerse, además á las multitudes y á los soberanos extrangeros.

El quinto día por la mañana recibí un mensaje de Duroc. El jefe de la casa militar me mandaba decir que Su Majestad me daría audiencia después de medio día en el cuartel general, que se me invitaba á la recepción de la emperatriz y que se me había reservado un lugar en una de las carrozas de la corte para ir á Pont-de-Briques.

caña. De pie, cerca de la ventana, examiné los viejos grabados amarillos clavados en la pared, el busto de yeso de Juan Bart, adornando la estrecha chimenea de mármol, todos los objetos ringlados sobre la cómoda y en la mesa.

—Mi corazón tampoco ha cambiado—me dije. Pero súbitamente en un mal espejo colocó enfrente de mí, percibí mi cara arrugada, mis ojos opacos, mi larga barba blanca. ¡Dios mío! ¡Qué decrepitud!... No, ya no era el que contemplaba todas aquellas cosas, sino un viejo ridículo, arruinado por el reuma.

Para cambiar el curso de mis pensamientos miré hacia fuera. Allí lejos las dunas ergían sus cimas de un blanco cretoso, el mar reventaba sus pesadas olas con un mugido sordo.

Era allí, en ese mismo desolado paisaje, Sobre esas dunas estériles, en las que no crecían más que herbascas seca, en donde la gran armada estableció sus cuarteles. Mi corazón latió fuertemente. Creí ver cruzar en todos sentidos á oficiales del Estado Mayor, portadores de noticias, los remolinos de polvo, las bayonetas y los sables relampagueantes; creí oír el galope de los caballos, las fanfarrias gozosas, el redoble de los tambores... ¡Miseria de las vanidades humanas! La gran armada había sido dispersada como esas nubes que